

mejores años, en el cambio fatal que se operaba en su espíritu, siempre más irritado; en la existencia horrible de un hombre atado, de pies y manos, á una mujer muerta y atormentado por un demonio que adquiría la forma de ese cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven, cuando las consecuencias de su matrimonio le acercaron á ella, tan madura ahora y empezando ya casi á pasar de la edad provecha. Pensó en todas las chicas y mujeres que ella había visto casarse, en todos los hogares animados por niños que ella viera criar á su alrededor; en la resignación que había puesto en seguir, á causa de él, un sendero tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que alguna vez había columbrado en su rostro querido y que le causaba remordimiento y desesperación. Evocó la figura de Raquel, para ponerla enfrente de la de su infame mujer, que encontrara el día anterior en su casa, y preguntó si era posible que la existencia terrestre de un ser dulce, bueno y fiel se sacrificase del todo por una criatura envilecida.

Absorto en estos pensamientos, de manera que su corazón hinchado parecía que debiera estallar, no viendo en su forma real los objetos por delante de los cuales pasaba en su camino, mientras el círculo irisado de sus sienas

brumosas tomaba de sus ojos conmovidos cierto color de sangre, Esteban entró en el asilo de su techo doméstico.

CAPÍTULO XIII

RAQUEL

Ardía una bujía en aquella ventana, á la que se había aplicado tantos veces la escalera negra, para hacer deslizar por ella al ser más querido de una madre, viuda en lo sucesivo y condenada á trabajar para su rebaño de hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que, entre todas las eventualidades de nuestra existencia terrestre, ninguna se nos adjudica tan injustamente como la muerte. Para ella de nada sirve la desigualdad de nacimiento. Supongamos que el hijo de un rey y el hijo de un tejedor nacen esta noche á la misma hora: ¿qué contraste es ese, pues, que hace morir á la criatura útil y querida, dejando subsistir á la mujer beoda?

Penetró en su casa, siempre con el rostro sombrío, con paso lento y aguantándose la respiración. Llegó á la puerta y la abrió, entrando luego en su cuarto.

La paz y la tranquilidad habían reaparecido. Raquel estaba allí, sentada cerca de la cama.

Volvió ella la cabeza, y su cara radiante disipó la noche que se hiciera en el espíritu del obrero. Estaba junto á la cama, velando y cuidando á una enferma. Claramente vió Esteban que, si había alguien en la cama, no podía ser otro que su mujer: pero la mano de Raquel había puesto una cortina, que le ocultaba aquella desgraciada; como también había hecho desaparecer los harapos del vicio, sustituyéndolos con ropa limpia de su propiedad. Cada cosa estaba en su sitio y en el orden que tenía costumbre de dejarla; el fuego había sido preparado y el hogar barrido. Le pareció ver todo esto en el semblante de Raquel: no tenía necesidad de mirar á otro sitio. Mientras iba contemplándolo, se le ocultó aquel rostro con las lágrimas de ternura que brotaron de sus ojos, oscureciéndole la vista; pero había visto que ella le miraba con inquietud y que á su vez tenía los ojos llenos de lágrimas.

Volvióse ella de nuevo hacia la cama y, después de asegurarse que la enferma estaba tranquila, habló en voz baja, serena y casi alegre.

— Estoy contenta de que hayas venido, Esteban. Has tardado.

— Me he paseado por las calles, de un lado á otro.

— Así lo he creído. Pero el tiempo es demasiado crudo para eso. Llueve á cántaros y hace viento.

¿Viento? Efectivamente, la tempestad arreciaba por fuera. ¡Escuchadlo, en la chimenea, estallante como el trueno y rugiente como el Océano! ¡Haberse encontrado en el medio de semejante borrasca é ignorar que hacía viento!

— Es la segunda vez que he venido hoy — continuó Raquel. — La propietaria ha mandado por mí á la hora de comer. Había aquí alguien que necesitaba de cuidado, me dijo. Tenía razón. La enferma ha perdido la cabeza, Esteban; y cada vez se siente más abatida y como magullada.

Esteban se dirigió lentamente hacia una silla y sentóse en ella, inclinando la cabeza ante la enfermera.

— He venido á hacer lo que puedo, Esteban. Primero, porque ella y yo trabajábamos juntas, cuando éramos jóvenes, en el tiempo en que tu la cortejabas, para casarte con ella; y era mi amiga.

El llevó su mano á la frente, con un sollozo apagado.

— Luego, porque conozco tu corazón y sé

que eres demasiado bueno para dejarla morir ó sufrir sin socorro. Ya sabes quién dijo : ¡ que le lance la piedra el primero de vosotros que se halle sin pecado! No ha faltado quien se la echara. Mas tú, Esteban, no eres hombre para lanzarle la última, viéndola en un estado tan lastimoso.

— ¡ Oh, Raquel, Raquel!

— Has sufrido cruelmente : ¡ que el cielo, pues, te recompense! Soy tu amiga, de todo corazón y con toda mi alma.

La herida de que Raquel había hablado, por lo que parece, se hallaba en el cuello de la mujer perdida, víctima lamentable de sus vicios repulsivos. En aquel momento la curó, sin descubrirla. Mojó un trapo blanco en una vasija, en la que vertiera algunas gotas del líquido de un frasco, y lo aplicó á la llaga. Había acercado la mesa de tres pies á la cama, y se veían dos botellas, una de las cuales Raquel acababa de poner allí.

No estaba ella tan lejos que no pudiera Esteban seguir con los ojos su mano y leer lo escrito en grandes caracteres sobre la etiqueta. Volvióse pálido como un difunto, y pareció que un terror subitáneo se apoderase de él.

— Me quedaré aquí, Esteban — dijo Raquel, volviéndose á sentar tranquilamente — hasta

que den las tres. Habrá que renovar la cura á esa hora, y entonces se la podrá dejar hasta mañana por la mañana.

— Pero será preciso que descanses, para que mañana puedas trabajar, querida mia.

— Dormí bien anoche. Puedo velar varias noches seguidas, si conviene. Tú eres quien necesita el sueño, por lo fatigado y pálido que estás. Procura dormir en la silla, mientras velo. Bien se descubre que anoche no dormiste. El trabajo tuyo de mañana es más pesado que el mío.

Oyó el viento, que retumbaba y rugía por fuera, y le pareció que su cólera rodeaba la casa, tratando de penetrar junto á él. Pero Raquel la había rechazado; y en ella confiaba él, para defenderse.

— No me reconoce, Esteban. Abre los ojos, sin ver nada y, medio dormida, pronuncia palabras incoherentes. Le he hablado á menudo, muy á menudo, pero ni siquiera se ha percatado de ello. Quizá es mejor. Cuando vuelva en sí, habré hecho lo que he podido y no sabrá nada.

— ¿ Cuánto tiempo crees, Raquel, que estará así?

— El médico ha dicho que recobrará mañana el conocimiento.

Los ojos del operario advirtieron de nuevo

la botella, y un temblor se apoderó de él, agitando sus miembros. Raquel creyó que se había resfriado con la lluvia.

— No — dijo — No es eso. Me he espantado.

— ¿Espantado?

— ¡Si! si; al entrar. Mientras andaba, mientras... pensaba. Mientras...

El temblor se apoderó otra vez de él; se levantó, apoyándose en la chimenea, mientras alisaba sus cabellos fríos y húmedos, con mano temblorosa, como si se hubiera sentido atacado de parálisis.

— « ¡Esteban! —

Se adelantó hacia él, pero éste la detuvo con el brazo.

— ¡No! Permanece donde estás, te lo ruego; quédate donde estás. Que te vea siempre sentada junto á la cama. Que te vea siempre tan buena y dispuesta á perdonar. Que te vea como te he visto al entrar aquí. Nunca podré verte en mejor sitio que ahí. ¡Nunca, nunca, nunca!

Después de un temblor violento, volvióse á dejar caer sobre la silla. Al cabo de un rato, logró calmarse y, con el codo en la rodilla y la cabeza apoyada en la mano, pudo mirar de soslayo á Raquel. Vista á la claridad dudosa de la bujía y á través de sus ojos húmedos, le pareció que como si una aureola circundase su cabeza. En verdad,

creyó verla, y la vió, mientras el viento de fuera sacudía la ventana, agitando la puerta de abajo y rodeando la casa, chillando y lamentándose.

— Cuando ella esté mejor, Esteban, espéremos que te dejará tranquilo, sin apesadumbrarte más. Así lo espero yo. Y ahora voy á guardar silencio, pues quiero verte dormir.

Cerró los ojos, más para complacer á Raquel que para descansar su cabeza fatigada; pero poco á poco dejó de oír el rugido del viento irritado, ó bien éste se trocó en el ruido de su telar ó en el de las mil voces que oyera durante el día (además de la suya), en el taller. Sin embargo, este débil sentido de la vida pronto desapareció, sumiéndole en un sueño agitado y largo.

Suñó que él y otra persona, á la cual había entregado su corazón, (sin que fuera Raquel, y esto le sorprendió, en medio de su dicha imaginaria) se encontraban en la Iglesia y que los casaban. Durante la ceremonia reconoció, entre los testigos, á varias personas que existían y á otras ya muertas, y se hizo una oscuridad completa, á la que sucedió una luz deslumbradora. Brotaba esta luz de la tabla de los diez mandamientos, colocada encima del altar, y sus palabras iluminaban el edificio. También resonaban por los ámbitos de la Iglesia, como si los

caracteres tuviesen voz. Entonces la escena cambió, no quedando allí mas que él y el sacerdote. Se hallaba en la claridad del día, delante de una inmensa multitud, y si se hubiera reunido toda la gente del universo en un mismo espacio, no le hubiera parecido aquella más numerosa. Todos los espectadores le contemplaban con horror; no había una sola mirada que le compadeciera, con expresión de simpatía, entre los millones de ojos fijos en su semblante. Encontrábase en una plataforma alzada, debajo de su propio telar; y, al levantar la vista por la metamorfosis del telar y oír que se cantaban claramente oraciones de difuntos, tuvo la noción de que estaba condenado á muerte. Al cabo de un minuto, se separó de sus pies la plataforma sobre la que se apoyaba, y quedó ahorcado.

No acertaba á esclarecer por qué circunstancia misteriosa pudo resucitar y frecuentar de nuevo los sitios que conocia; pero indudablemente había vuelto por allí, arrastrando consigo la condenación que no le permitía ver más el rostro de Raquel, sin que pudiera tampoco oír su voz, en este mundo ó en el otro, durante el curso inimaginable de la eternidad. Vagando por acá y acullá, sin cesar, sin esperanza, sin saber lo que buscaba (únicamente

sabía que estaba condenado á buscar) era presa de un terror espantoso, inaudito, sintiendo el miedo fatal de una forma que se le representaba sin tregua. Todo lo que miraba, tarde ó temprano adquiría esa forma. El único fin de su existencia miserable era impedir que la reconociesen. ¡Vano empeño! Si llevaba á las personas fuera de una sala en que ella se encontrase, si cerraba los cajones ó gabinetes en que se hallaba oculta, si guiaba á los curiosos lejos de los sitios donde sabía que estaba escondida y lograba dirigirlos á la calle, las mismas chimeneas de las fábricas se transformaban repentinamente y, al rededor de ellas, podía leerse la etiqueta impresa.

Rugía de nuevo el viento, y la lluvia chorreaba por las techumbres, mientras que los amplios espacios por los que él divagara hasta entonces se circunscribieron en las cuatro paredes de su habitación. Aparte del fuego, que se había extinguido, nada había cambiado de lugar desde que cerrara los ojos. Raquel parecía dormitar en una silla, no lejos de la cama. Se había cubierto con su mantón, y su actitud era perfectamente inmóvil. La mesa estaba en el mismo sitio, y encima de ella se hallaba, en su proporción y aspecto real, la forma que tan á menudo viera en sueños.

Le pareció que se agitaba la cortina. Miró de nuevo y reconoció, efectivamente, que se movía. Vió una mano que se adelantaba, pareciendo buscar algo á tientas. Después la cortina se agitó con más fuerza, y la mujer acostada en la cama la rechazó, sentándose.

Con los ojos desolados, extraviados y espantados, que paseó alrededor de la habitación, miró, sin fijarse, por el rincón en que Esteban dormía, sentado en una silla. Pero sus ojos pronto volvieron allí de nuevo; con la mano les hacía de pantalla, para mirar con atención al operario. Contempló otra vez el cuarto, sin que pareciera fijarse en Raquel, clavando los ojos en el sitio en que él estaba sentado, protegiéndolos de nuevo con la sombra de su mano, como si le buscara con el brutal instinto que le decía que estaba allí. Él observó que, en aquellos rasgos marchitos por la disipación y en el espíritu que respiraba, no había el menor resto de la mujer con la que se casara dieciocho años antes. Si no la hubiera visto descender paso á paso hasta aquel punto de degradación, se hubiera resistido á creer que fuera la misma persona.

Durante aquel intervalo, como si se hallara bajo el influjo de un encanto, permanció en la inmovilidad y en la impotencia. Todo lo más que podía hacer, era mirarla.

Se sentó ella durante un rato, con las manos á la altura de las orejas, entregada á un sueño idiota ó á reflexiones que no lo eran menos. Con la cabeza apoyada de ese modo, volvió á empezar el examen de la habitación. Y entonces, por primera vez, sus ojos se fijaron en la mesa, sobre la cual se hallaban las botellas. Acto seguido dirigió hacia el rincón de Esteban una nueva mirada, en la que se reproducía la hostilidad del día anterior, alargando su mano ávida con lentitud y cautela. Atrajo una taza, quedando algunos momentos inmóvil, sin saber qué botella elegir. Por fin, estrechó insensatamente la que contenía una muerte pronta y segura y, bajo la mirada de Esteban, quitó el tapón con los dientes.

Fuera sueño ó realidad, lo cierto es que Esteban no pudo articular una palabra, siéndole imposible obrar.

Si el peligro es real, y no ha dado aún la hora de esta desgraciada, ¡despierta, Raquel, despierta!

Lo teme la enferma. Mira á Raquel; después vierte el líquido con mucha lentitud y precaución. La taza toca sus labios. Un instante más y nada podrá salvarla, aunque acuda á ella con prisa todo el mundo. Pero en aquel momento

Raquel se lanza con un grito ahogado. La desgraciada mujer hace esfuerzos violentos, pega á Raquel y la coge por los cabellos; pero Raquel tiene la taza en su poder.

Por fin Esteban logró dominar la pesadilla y levantarse.

— Raquel, no sé si duermo ó velo. ¡Qué noche más terrible!

— Pero ¿qué, Esteban? Si nada ocurre. Yo también me he dormido... ¡Calla! Oigo el reloj.

El viento trajo á la ventana el sonido del reloj de la iglesia próxima. Prestaron atención y oyeron dar las tres. Esteban miró á su compañera; vió su palidez, fijóse en sus cabellos desordenados y las huellas de uñas que enrojecían su frente, quedando convencido de que había estado asaz despierto para ver y oír. Por lo demás, conservaba aun la taza en la mano.

— Creía yo que no faltaba mucho para las tres — dijo ella, vertiendo el contenido de la taza en la vasija, en la que remojó los trapos, como ya lo había hecho — ¡Estoy contenta de haberme quedado! ¡Todo habrá concluido, cuando haya puesto esto! ¡Ah! Ahora está tranquila. Voy á echar algunas gotas que quedan en la vasija: es una droga demasiado mala, para que se la deje aquí, por poco que haya de ella.

Mientras hablaba, vació la vasija en la ceniza del fuego y rompió la botella en el hogar.

No le quedaba más que arrojarse bien con el mantón, para irse hacia el viento y la lluvia.

— ¿Me permitirás que te acompañe, á esta hora?

— No, Esteban. Sólo con dar unos pasos llegaré á mi casa.

— ¿No temes — la dijo en voz baja, mientras se dirijían hacia la puerta — dejarme solo con ella?

Al mirarle y decirle: « ¡Esteban! », se arrojó ante ella, en aquella escalera miserable, y llevó el faldón de su chal á sus labios.

— Eres un ángel. ¡Que Dios te bendiga!

— Esteban, soy tu pobre amiga, como ya te he dicho. No me parezco mucho á los ángeles. Hay un profundo abismo entre ellos y una trabajadora cargada de defectos. Mi hermanita se encuentra con ellos, porque cambió de vida.

Levantó un momento los ojos, al pronunciar estas palabras; pero bajó de nuevo la mirada, toda bondad y dulzura, hacia el rostro del tejedor.

— Tu también has cambiado mi vida. Haces que desee humildemente parecerme más á tí, para ir contigo, siquiera sea cuando salgamos

de esta vida y haya desaparecido todo el lodazal. Eres un angel y quizá no sabes que has redimido mi alma de la perdición.

Miró al obrero arrodillado á sus pies, teniendo, sin abandonarlo, el extremo de su chal en la mano y, cuando vió su fisonomía agitada, espiró en sus labios la repulsa que iba á dirigirle.

— He entrado con rabia en el corazón. Me desesperaba la idea de que, por haber pronunciado una palabra plañidera, se me tome por una mala cabeza. Te he dicho que tuve miedo. Me refiero á la botella, al veneno que he visto encima de la mesa. No he hecho daño nunca á alma viviente; pero al dar con ella, he pensado: ¡quién sabe lo que hubiera podido hacer á mí mismo, ó á ella, ó á los dos!

Pálida de terror, puso sus manos en la boca de Esteban, para impedirle que hablara más. Las tomó él en la suya, que le quedara libre, y, reteniéndolas, sin dejar el mantón, continuó rápidamente:

— Pero te he visto, Raquel, sentada junto al lecho. Te he visto allí toda la noche. En mi sueño, sabía que tú estabas cerca. Así te miraré en adelante. No la veré más á ella, no pensaré más en ella, sin crer que estás á su lado. No veré nunca, no pensaré nunca en nada que me

irrite, sin figurarme que estás aquí para mi consuelo. Y hasta trataré de esperar, de tener confianza en el porvenir, en la época feliz en que tú y yo juntos iremos lejos, más allá del abismo profundo, al país donde mora tu hermanita.

Besó otra vez el faldón de su chal y la dejó salir. Ella le dió las buenas noches, con voz temblorosa, y se echó á la calle.

El viento venía de levante y rugía constantemente. Ahuyentaba á las nubes. La lluvia se había cansado de caer, yendo, tal vez, á otra parte, y las estrellas brillaban en el cielo. Estaban avanzó, con la cabeza desnuda, por el camino, viendo como ella se alejaba con paso rápido.

En la imaginación inculta del obrero, Raquel se destacaba sobre sus ocupaciones ordinarias como el fulgor de las estrellas, que amortiguaba el brillo de la vela ardiente.

CAPITULO XIV

EL GRAN FABRICANTE

El tiempo fué pasando por Cokeville del mismo modo que funcionaban las máquinas en la ciudad: tanto material sucio y fabricado,